

**limbo**

Núm. 32, 2012, pp. 113-119

ISSN: 0210-1602

## El intelecto iluminado. La autobiografía intelectual de Santayana

VICENTE CERVERA SALINAS

SANTAYANA, GEORGE. *Ejercicios de autobiografía intelectual*, edición de Manuel Ruiz Zamora, Sevilla, Espuela de Plata, 2011, 246 pp.

George Santayana se sabía discípulo de Sócrates. Así lo declaró y dejó estampado en una ocasión. Al mismo tiempo era un enamorado del género autobiográfico. Escribió una extensa y exquisita recreación de su vida, *Personas y lugares* (*Persons and Places*) y una novela a modo de memorias, *El último puritano* (*The Last Puritan*, 1935). Vida y pensamiento eran uno y lo mismo para él. Tal vez eso explique su doble afición, no siempre tan conciliable en la historia de la filosofía, entre la reflexión y el documento vital. Recordemos el dictamen con que iniciara Inmanuel Kant su *Crítica de la razón pura*: «De nobis ipsis silemus». El silencio sobre el sujeto de la reflexión era casi normativo en los trabajos de sistematización filosófica. Los «movimientos del pensar» debían acallarse en favor de los propios resultados del pensamiento.

En el caso de Santayana se trata empero de un sabio maridaje entre lo intelectualizado y el sujeto que lo anima, de una lúcida y esclarecedora racionalización de lo vivido, que de algún modo denota uno de las fuerzas motrices de su filosofar: relatar el nacimiento y la itinerante vida de la razón en su existencia y en la existencia. De la consonancia entre estos dos particulares, razón y memorias, versan las páginas del curioso libro que ha publicado recientemente *Espuela de Plata* en su colección «Biblioteca Filosófica» con escritos memorables del escritor hispano-norteamericano George

Santayana, y que el lector afecto a la literatura de ideas sabrá sin duda degustar.

Este volumen, cuya primera edición data de finales de 2011, y cuya compilación ha sido bautizada por su editor, Manuel Ruiz Zamora, como *Ejercicios de autobiografía intelectual*, contiene alguno de los más brillantes y vibrantes textos personales de Santayana, la mayoría de los cuales son prefacios a alguna de sus obras principales, y otros son opúsculos dispersos que más tarde integrarían otras publicaciones más compactas. Así, «Una confesión general» está configurada por tres partes, la primera de las cuales apareció originalmente como «Breve historia de mis opiniones» en la *Contemporary American Philosophy* en 1930 y fue traducida al español por Antonio Marichalar, incorporándose al catálogo de la revista argentina *Sur* en 1933. Las dos secciones que la completan fueron prefacios a diversas ediciones de las *Obras de George Santayana* de los años treinta. Otras entregas que rescata este libro son igualmente liminares a obras de gran calado, como el que Santayana incorpora a una nueva edición de *El egotismo en la filosofía alemana* (1915) en 1935, u otros que anteceden a obras como *La vida de la razón*, *Winds of Doctrine* o incluso a la publicación de sus poemas, seleccionados y revisados por su autor. El excelente ensayo «Sobre mis amigables críticos» procede del *Journal of Philosophy* de 1921, pero pasaría a integrar los *Soliloquies in England and Later* en 1922. Esta antología «autobiográfica» se cierra con la extensa reflexión «Apología *pro mente sua*», que ocupa la mitad del volumen, dividida en trece apartados y redactada en Roma, en el otoño de 1940. En cuanto a las traducciones, esta edición opta por conservar las canónicas —el caso de la ya mencionada versión de Marichalar en *Sur*— e incorporar en su mayoría todas las nuevas, salidas de la pluma de Daniel Moreno, quien viene realizando una encomiable tarea de difusión de la obra santayana, con monografías especializadas sobre el autor y traducciones de obras que todavía no habían sido vertidas al español. En el caso de «Apología *pro mente sua*» se imprime la traducción de J. Rovira Armengol, revisada por Manuel Ruiz Zamora.

Como vemos, la miscelánea textual obedece a un criterio de integración, que el editor ha forjado a partir de la obra completa de Santayana, escogiendo aquellos títulos donde está presente una autodefinición del entendimiento en la propia experiencia vital, en su tejido temporal: el reino de la materia y el reino del espíritu se armonizan en los consonantes de la vida de la razón, que los clarifica. El conjunto, a pesar de su heterogeneidad, ofrece un aspecto compacto y de complementarias aproximaciones al protagonista del mismo: el intelecto de Santayana. Y así como en la *Biographia literaria* (1817) del poeta Samuel Taylor Coleridge no hemos de buscar los aspectos episódicos de la vida de un artista narrada a modo de historia sino los caminos por los que transitó su formación poética y filosófica, en estos *Ejercicios de autobiografía intelectual* nos topamos a cada paso con el hombre Santayana en defensa del «modus operandi» de su especulativa.

Los artículos de Santayana, de tal modo unificados, permiten realizar una nueva y sugestiva lectura de su legado mental, una aproximación transversal al conjunto de su obra, una senda intelectual guiada en todo momento por el tono ameno y tolerante, escéptico y risueño, liberado y confortador, de su visión del mundo. Sin desmerecer de las más complejas piruetas de la mente en su esfuerzo por aprehender el mecanismo que rige los órdenes de la existencia (materia, verdad, espíritu y esencia), el discurso «autobiográfico» del pensador aporta una cualidad personalizada al entramado teórico, una razón de ser en las páginas de la vida, de la experiencia y los sucesos, que tornan más comprensible y humanizada su formulación filosófica, aportándole materia vital y una más honda involucración con su lectura. Además, en no pocos momentos, estos documentos discursivos de la mente de Santayana construyen con rigor los argumentos que incoan la defensa de su ideario frente a las críticas más o menos aceradas y acertadas de sus refutadores. Críticos que, en gran medida, eran o habían sido sus maestros en el ámbito académico, como Josiah Royce o William James, ante los que el «pupilo» labra un semillero de aclaraciones y réplicas —siempre respetuosas, agu-

das siempre—. Y un rigor, el que anima su discurso encendiéndolo en ocasiones hasta la sentencia lapidaria o la disquisición de poética consistencia, que no me resisto a definir como escéptico e imaginativo: el rigor imaginativo y escéptico de George Santayana.

Así, por ejemplo, en una de sus múltiples aclaraciones sobre su tan polémica determinación de un «reino de la esencia», que no poco aberrante pareció a muchos críticos en el seno de un sistema afincado en el materialismo, observamos en la escritura de Santayana esa continua precisión semántica de la palabra «esencia» que le obliga hermosamente a relatar y hasta metaforizar el contenido de su ideación, en una narración filosófica, alegóricamente pautaada, donde los protagonistas de ese peripecia del pensamiento, llamado «esencia», parten del concepto de devenir; un Devenir en mayúsculas, que remite a su genealogía helena, pero que es incorporado como personaje de una narración de estatura mítica y poética, que le sirve a Santayana para desentrañar la aparente paradoja de sus «reinos».

Prestemos atención al pasaje:

El Devenir, diríamos, en la lucha feroz para engendrar algo que ni él mismo sabía, procreó la Diferencia; y, una vez nacida, la Diferencia asombró a su padre al convertirse en un gran enjambre de Diferencias, hasta llegar a presentar todas las diferencias posibles; es decir, hasta ofrecer todo el reino de la esencia. Hasta que esto no ocurrió, el Devenir, que era un demonio juguetero, descarado y fornido, se había creído que era el amo del gallinero; pero ahora, penoso como le era no ver ninguna verdad, no podía sustraerse a la sospecha de que vivía y se movía sólo por la ignorancia, sin ser capaz de mantener los límites de cualquier momento ni de escapar a los del siguiente, como un derviche danzante que tiene que ir levantando sucesivamente las dos piernas de las brasas ardientes. (p. 137-138)

El relato, el mito, estampa el giro poético continuo en los movimientos especulativos de un filósofo que intuyó con convicción que sólo en el lenguaje de la esencia —en la «textura de nuestras impre-

siones» — es donde el espíritu puede «describir sus azares»: «Es un poeta, un cantor, un doliente, es recuerdo e imaginación, viviente en un mundo prosaico incapaz de sufrir o cantar.» (p. 143). No en vano, la clarividencia del pensador sobre este aspecto tan mal recibido por el estamento de la filosofía académica, al que había coherentemente abdicado Santayana, explica su fina lectura de autores como Marcel Proust, sobre cuya obra aportaría una finísima comprensión en su magnífico ensayo «Proust y las esencias», que sin duda se hermana y explica mutuamente con los textos escogidos en este nuevo libro de factura autobiográfica. Hasta el punto de que cabría aportar esta lectura, necesaria sobre su comprensión del novelista francés, para todos cuantos recelasen del sentido último de ese controvertido y sutil reino de la esencia en Santayana.

Merced a esta selección de escritos, el lector, más o menos familiarizado con la lucubración de Santayana, comprenderá de qué modo la autobiografía mental condiciona y aboceta la formulación filosófica, el sistema de un pensamiento. Los vaivenes especulativos de la juventud del autor afloran en estas páginas y se tornan comprensivos para él mismo, y así a su vez para sus lectores: el suave declinar de su solipsismo y catolicismo adolescentes, el equilibrio posterior a la luz de su crítica al egotismo filosófico alemán o la definitiva consolidación de su materialismo poético (así me gusta definirlo) a partir del momento crucial de su vida que él mismo relató como su «metanoia». Todo ello va despejándose en las páginas de este volumen de manera grácil y serena, como si asistiéramos al desvanecimiento de las sombras en una amanecer mientras caminamos con «fe animal» a través de un paisaje plácido y confortador, tal vez entre valles y colinas toscanas, dejando atrás otras alturas y otras simas, asentándonos en la tranquila comprensión del entorno y de nosotros mismos, de nuestra materia y de ese espíritu que nos permite dialogar con las esencias.

Este estado del ser comporta el autoconocimiento, la conformidad del yo consigo mismo. A ello se refiere Santayana en uno de los títulos más recomendables de la compilación, «Sobre mis amigables

críticos», donde justifica su posición «distanciada» en relación al mundo y sus acechanzas, pero también a los afectos y a las pasiones que de él dimanaban. ¿De qué mejor modo puede concebirse, dibujarse y poetizarse, una autobiografía intelectual?:

Mi desasimiento de las cosas y de las personas es también afectuoso, simplemente lo que los antiguos llamaban filosofía: concedo que un fluyente río ha de fluir, renuncio a lo que traiciona y me adhiero a lo que satisface, y saboreo la ironía de la verdad, pero la seguridad en mi felicidad propia no es indiferencia por la de los demás. (p. 59)

El ensayo, que parte de la anécdota de esas «necrológicas» de su vida que los amigos americanos de Santayana imprimían cuando éste abandonó el nuevo continente para instalarse en otros rincones de «su anfitrión, el mundo» más cercanos al «nacimiento de la razón», comparte esa perspectiva crítica, entre irónica y piadosa, propia de los ensayos de Montaigne y las odas de Horacio. La posición vital y filosófica de quien tuvo «el raro placer» de reírse de sus propios epitafios, como Swift (p. 58). Lejos como siempre del dogmatismo, acomete Santayana la apología de un modelo de razón concebida como «la mente soñadora hecha coherente, inventando símbolos y métodos, como los lenguajes, con los que poder examinar adecuadamente su propia carrera y las fuerzas de la naturaleza de las que depende esa carrera». Una razón sin metafísica, de ontología poética. Una razón que «eleva el sueño vegetativo a poética revelación y a transcripción de la verdad». (p. 65)

La lectura de este magnífico «soliloquio» revela el ser de Santayana a través de un proceso de naturaleza autobiográfica. El entendimiento recurre a la inspiración con que corona su discurso. Ahora podemos vislumbrar «el fundamento vital» de su filosofía. La inteligencia ha sido fecundada por la propia vida asimilada: el intelecto, iluminado. La autobiografía nos hace así posible disfrutar, vista por su propio autor, la filosofía que lo concierne. Filosofía que, en suma, fructificó en la comprensión de su vivir.

Santayana es claro y distinto. Sabe que la felicidad del ser remite al bien: a su propio, a su intransferible bien. La felicidad es acorde al ser del individuo y no cabe ser trasplantada a otra persona. Para ello es preciso conocerse «a sí mismo». Y para conocerse, esencial desentrañar la materia intrínseca de su vida. De ella brota el aliento que conforma un modo de ser y un modo de pensar. A nadie es negada tal propensión. Todo aquel que se lo proponga podrá alcanzarlo, pero Santayana no se engaña: «Ningún hombre puede establecer un ideal para otro». Nadie podrá, nadie pudo, persuadirlo de que renunciara a ese derecho, a esa meta, a esa voluntad: la de ser quien «supo» ser; la de alcanzar así la felicidad de la sabiduría. Vida y pensamiento se entrelazan necesariamente, y este libro nos confirma esa verdad.

Y es que estamos, no cabe olvidarlo, ante quien tan nítidamente se conoció. Ante quien sencillamente confesara: «Yo soy un discípulo de Sócrates».

El discípulo, el maestro Santayana.

*Departamento de Literatura Española, Teoría de la Literatura y*

*Literatura Comparada*

*Universidad de Murcia*

*C/ Santo Cristo, 1, 30001 Murcia (España)*

*E-mail: vicente@um.es*